

Quejas, acusaciones y preguntas de una «madre terrible» a sus amados hijos (y 2)

Resulta curioso que las reacciones provocadas por el libro de Christiane Collange, «Yo, tu madre», del que nos hemos ocupado en nuestro número anterior, hayan recorrido todo el espectro de la opinión lectora, desde los que lo han leído como una nueva proclama de las reivindicaciones feministas dentro del hogar, a los que no han encontrado en él más que un maldisimulado y reaccionario panfleto sobre los conculcados derechos de la madre de familia y su condición de víctima. Para cualquiera de estas opiniones se puede contar con la complicidad de unas páginas u otras dependiendo, más que nada, de la predisposición del que leyere.

Expusimos en artículo anterior (PM n. 124) las motivaciones y tribulaciones que movieron a Mme. Collange a escribir «Yo, tu madre» y proponíamos un apéndice de actividades con el fin de confrontar las dimensiones y los alcances del problema de esta madre de familia un tanto peculiar con la inmediata realidad de los lectores.

Quedaban pendientes de comentario otros aspectos del texto que nos parecen importantes para analizar en conjunto el pensamiento o la actitud de la autora. De todos ellos, tanto por razones de espacio como por creerlo de mayor interés para el estudio y discusión posterior en la Escuela de Padres, hemos seleccionado un solo tema: el papel de la madre en la formación intelectual de los hijos.

LUIS BLANCO

La mamá japonesa

Koiku-Mama quiere decir en japonés algo así como «Mamá-educación» (p.6 «Yo, tu madre») y es un vocablo que alude a la intensa participación que las madres japonesas han tenido o siguen teniendo en la formación intelectual de sus pequeños. Ellas forman parte del milagro japonés como activadoras y controladoras del rendimiento escolar de sus retoños, o lo que es igual, en cuanto celosas «managers» de los futuros hombres de empresa del Japón. No dudarán, con tal de asegurarse el rendimiento a tope de sus hijos en la escuela, en recurrir, por un lado, al más estricto control de sus estudios y, por otro, al más descarado chantaje sobre sus sentimientos (p.93). Un mal escolar en el Japón no sólo decepciona a su mamá y se juega su futuro sino que traiciona, en cierto modo, el futuro de la nación.

Pues bien, Ch. C. declara categóricamente que ella no ha sido nunca una madre japonesa o su equivalente, una madre judía; es decir, que jamás ha presionado y mucho menos chantajeado a sus hijos durante sus estudios en nombre de cualquier posibilidad o utopía de futuro. Ch. C. acaba por no ser, en todo caso, más que una discreta madre francesa.

«Tres chiquillos van juntos a la escuela: un francés, un italiano y un judío (o, digamos, un japonés).

Por la tarde vuelven a casa y le enseñan a su madre el carnet de notas. Son los últimos de la clase.

La madre francesa declara en tono de severidad: —Hijo mío, no tienes motivo para estar orgulloso de tí mismo. ¿Cómo llegarás a ser alguien en la vida con estas notas? Te lo advierto, si sigues por este camino, ¡TE VAS A MATAR!

La madre italiana se pone a gritar: —Hijo mío, tus resultados son desesperantes. No podría soportar ver cómo echas a perder tu vida de este modo. Antes de asistir al espectáculo de tu caída, preferiría desaparecer. Te lo advierto, si sigues por este camino, ¡ME MATO!

La madre judía estalla en sollozos: —Hijo mío, tus resultados demuestran que no me quieres. ¿Cómo puedes sacar estas notas después de todos los esfuerzos que me ha costado criarte y todos los sacrificios que he tenido que hacer desde que naciste para permitirte que estudiaras? Te lo advierto, si sigues por este camino, ¡ME MATAS!» (ib. p. 97)

Lo curioso es que aquí, tras haber confesado que ella no es ni una madre japonesa ni una madre judía, Ch. C. entona literalmente su «mea culpa» (ib. p. 93). ¿De dónde proviene

tan repentino remordimiento? ¿o se trata únicamente de ironía? Estoy por esto último pero también por la latente angustia de una duda formulada so capa de ironía: ¿y no debiera haberme comportado como una madre japonesa a vista de los resultados con que me encuentro? O en todo caso, dado que los cambios que se han operado en el terreno de la escuela hacen innecesario ese celoso intervencionismo de las madres en la formación intelectual de sus hijos, ¿han merecido la pena tales cambios?

«Este sistema (se refiere al de la escuela antes de sus nuevos planteamientos educativos) permitía, sobre todo, que las madres participaran activamente en la vida y en el éxito de sus hijos. Bastaba con que cada tarde se les hiciera repetir lo que estaba en el manual. El sistema de palabra por palabra evitaba los errores pedagógicos y las posibles diferentes interpretaciones entre lo que el niño oía en la escuela y lo que se decía en casa» (p. 101)

Ahora bien, resulta que el panorama educativo actual con el que tiene que vérselas y apanárselas es el que ella misma confiesa haber soñado y por el que ha luchado desde la vanguardia más progresista. Por fin iban a hacerse realidad criterios pedagógicos como estos:

—«Hemos creído sinceramente que unos niños felices se convertirían en mejores alumnos» (p. 101).

—«Había que darles el gusto de comprender antes que formarlos a aprender» (ib.).

—«Los cuadernos al fuego y los profes con ellos» (p. 102)

—Fuera la memorización como sistema de aprendizaje: «El 99% de lo que aprendimos de este modo no servía nunca para nada» (p. 99)

—«Las modernistas, entre las que yo me cuento, han preconizado métodos activos, participación en la clase, trabajo en grupo, matemáticas modernas...» (p. 101)

¿Y cuáles han sido, en realidad, los resultados? La enumeración de las frustraciones que aparecen como saldo de la revolución escolar, según la autora, constituyen toda una decla-

ración de desencanto; de ello nos ocuparemos más adelante. Sin embargo, el nuevo sistema había supuesto, además del presunto relanzamiento del alumno hacia formas y metas de estudio más actualizadas, la liberación de las madres respecto de sus horarios de trabajo y la conquista de un añorado tiempo libre. Estas ventajas hacen que lo que Ch. C. ponga en duda no sea tanto el nuevo sistema como a los jóvenes beneficiarios del mismo:

«Al igual que las demás madres, sólo me quedaba una solución: confiar en vosotros, con la esperanza de que estos nuevos estudios, que me parecían más inteligentes que aquellos a los que yo misma me había visto obligada, despertaran en vosotros la sed de conocimientos... Los resultados me dejan perpleja» (p. 103).

Y añade más adelante:

«El gusto por el conocimiento no se inculca por consejo, sino que viene de un largo hábito, de una necesidad adquirida día tras día, de una firme y constante presión, de un esfuerzo diario sobre el hijo que lo lleva a superarse por el honor y el amor de sus padres» (p.108)

Esta última frase nos devuelve, creo yo, al punto de partida pero despojado esta vez de cualquier ironía: algo, llámesele sistema, o usuarios del sistema o nuevas condiciones de la vida familiar, la han impedido desempeñar esa función materna de trabajo a fondo sobre la preparación intelectual de sus hijos. Parece, pues, claro que esta «ausencia» ha determinado de alguna manera importante el fracaso. Y para no dejarse abrumar por la culpabilidad ella se ha encargado de buscar a los culpables:

«En mi descargo hay que reconocer que me han faltado, para apoyarme en esta política educativa, un marido japonés, maestros japoneses, universitarios japoneses y políticos japoneses» (p. 108)

Como alguien decía comentando este mismo párrafo, la amplitud de la acusación acaba por no acusar a nadie en concreto, ni siquiera a los hijos que siguen siendo, en todo caso, culpables y víctimas de la situación. ¿Ha sido esta una revolu-



ción demasiado idealista con respecto a las posibilidades reales de asumirla por parte de los hijos y, más en general, por toda la sociedad? ¿o se está exagerando la magnitud del fracaso al presentarse en este libro enteramente mediatizada por la experiencia y la opinión de una madre y de unos hijos determinados? En este caso cabría replantear la búsqueda de responsables sin excluir, al menos como hipótesis, las ideas erróneas de la madre sobre las capacidades reales de los hijos (los suyos) y la propia frustración como factor disuasorio a la hora de intentar alguna vía de recuperación.

«Sea como sea, con la edad que tienes, mi papel pedagógico ha finalizado. Tengo plena y dolorosa conciencia de ello cuando no te veo preparado para aprovechar todas las oportunidades que todavía permanecen abiertas» (p. 109).

Con todo, hay en algunas de las páginas en que se pasa revista a los resultados de los cambios en la escuela, llamadas de atención, toques de alarma sobre algunos puntos que no son preocupación exclusiva de Ch. C. Me refiero a las siguientes acusaciones en el área del aprendizaje:

—«Vuestro lenguaje es un desastre» (p. 103), refiriéndose tanto al lenguaje oral como al lenguaje escrito:

«Vuestro discurso cotidiano no es más que un seguido de onomatopeyas, tacos elípticos, vocablos truncados. Parece como si el hablar os cansara tanto, que os coméis la mitad de las palabras...» (p. 104).

«No sabéis redactar correctamente el pretérito imperfecto de subjuntivo, ni habéis aprendido a dictar a un magnetófono vuestras ideas o las conclusiones de un informe» (p. 105-6).

—«Os han suprimido la Historia (memorizada)... pero no os han dado nociones fundamentales para comprender el pasado y el presente del resto del mundo» (p. 106).

—«Veo claramente lo que os han enseñado de menos respecto a nosotros: todo un farrago de hechos y de reglas que entorpecían la mente sin suscitar siempre ideas. Pero todavía ando buscando lo que habéis aprendido de más» (p. 105).

Decía que no se trata aquí de acusaciones más o menos subjetivas de la autora, sino de una corriente de opinión, pesimista desde luego, bastante extendida entre padres y educadores. Las pruebas que la apoyan no son difíciles de encontrar. Alguien me comentaba, a propósito de la conversación de tres adolescentes, que en una tirada de seis palabras (por llamarlas de alguna manera) sólo dos de ellas son reconocibles como tales palabras y como sintácticamente útiles para llegar a formular un pensamiento. Y lo que en el lenguaje oral es batiburrillo, «collage» y casi código de clan, en el lenguaje escrito, con las excepciones de los genios o los geniecillos que se han



dado en todas las épocas, se convierte frecuentemente en demostración de la más absoluta incapacidad. No es ésta la ocasión de entrar en el análisis de causas que, desde luego, se pueden encontrar también en lo que llamamos el sistema, «también» pero no sólo.

Resultados tan lamentables y al parecer tan generalizados como los que la autora acaba de señalar, mantienen su discurso en una dialéctica difícil, la de un «sí pero no» con respecto a la revolución de la escuela, la de un «esto es mucho mejor que lo que nosotros padecemos» pero «**Creo en una educación con obligaciones. Montaigne estudiaba latín a los cinco años**» (p. 107) y la cita es nada menos que de Levi-Strauss. Debo suponer que esta dialéctica es la que mantienen en la actualidad no pocos educadores sin que ello implique siempre un riesgo de involucionismo pero sí una clara renuncia: la de la utopía hacia formas cada vez más liberales y liberadoras de educación. Es decir, se apuesta por el futuro (lo contrario sería estúpido) y... sin olvidar el ejemplo de Montaigne.

*LIBRO: Collange, Ch. «Yo, tu madre»
Ed. Seix Banal*

ACTIVIDADES

1.—Mesa redonda padres/alumnos.

010 MESA REDONDA

Dando por supuesto que la cuestión del cambio escolar ya ha sido previamente estudiada o debatida en otras sesiones, el grupo se centrará en este punto: colaboración de los padres en el desarrollo intelectual de los hijos, concretamente en relación con la escuela: ¿sigue siendo posible, necesario? ¿en qué sentido? ¿en qué tareas, con qué resultados? ¿O, como dice la autora, ya no es posible o, por lo menos, no resulta eficaz?

Intervención de los alumnos: ¿se trata de un servicio que ni pedís, ni necesitáis? ¿Qué motivaciones de vuestros padres os ayudan más u os ayudan menos en vuestros estudios? ¿Qué defectos básicos encontráis al sistema de estudios? ¿qué ventajas? Si habéis leído el libro de Ch. C. opinad sobre su actitud (frases, opiniones de la autora) sobre este punto.